

Conciencia crítica en algunos escritores judíos de lengua alemana

Renata von HANFFSTENGEL

Universidad Nacional Autónoma de México

Pocos años antes de su muerte, o sea a principios de los años treinta, Jakob Wassermann (1873-1934) dijo que le era imposible opinar sobre la cuestión judía, ya que sentía que era como mover una montaña. ¡De qué manera no habrá crecido la montaña mientras! Hoy podremos, acaso, mover unos cuantos guijarros y levantar un poco de polvo con la ayuda de algunos autores que han escrito en alemán e incluido el tema del judaísmo en sus obras.

En realidad parecería que en tiempos de Jakob Wassermann la coexistencia de la población judía con la cristiana en Alemania y Austria ya no presentaría ningún problema, en parte porque la observancia religiosa en general iba disminuyendo, y en parte porque la legislación había hecho posible una integración cada vez mayor de la minoría judía en la población en ambos países. En 1808 la legislación Hardenberg-Stein, influida por el ideario de la Revolución francesa, promulgó la “emancipación” de los judíos en Prusia, poco después de que el emperador José II de Austria había decretado la igualdad entre todos los ciudadanos y la garantía del libre ejercicio de cultos en su reino. Esto trajo consigo un paulatino cambio en las prácticas de la fe judaica en estos países: prédicas y oraciones en alemán en vez de en hebreo, al igual que las inscripciones en las tumbas y las alocuciones fúnebres. Los guetos se disolvían, y las familias se asentaron en las ciudades y poblaciones según su gusto y capacidad económica. Después de siglos de discriminación y persecución, la asimilación parecía un hecho. A principios de nuestro siglo, una pléyade de profesionales, artistas e intelectuales judíos entran en el escenario de la vida pública y participan decisivamente en un desenvolvimiento sin par que se da en todos los campos del quehacer humano en Austria y Alemania. Sus hijos crecieron sin tener conciencia de que pertenecían a una minoría religiosa perseguida durante siglos. Sin embargo, hay una advertencia, un dicho entre los judíos alemanes que reza así: “Si olvidas que eres judío, otros te lo van a recordar”. Así fue en la

mayoría de los casos: un despertar violento frente a una condición de fatalidad dentro de la historia centroeuropea, de la cual antes sólo podía escaparse —y no del todo— por medio del bautizo. Para Heine había sido el “billete de entrada a la sociedad” que necesitaba para poder ejercer la profesión de jurista, que finalmente nunca ejerció por parecerle la más amoral de todas. En el siglo XX, este requisito ya no existía; los alemanes y los austriacos llegaron a ser ejemplares y plenos ciudadanos, incluso patrióticos soldados que dejaron sus vidas en el campo de batalla por la patria y el emperador. Pero Hitler y sus secuaces les recordaron que eran judíos, bautizados o no, y esta circunstancia resultó fatal, independientemente de sus méritos por la patria o por la humanidad.

Dada la complejidad del pasado y del presente en la convivencia o persecución, casi todos los autores de lengua alemana tocan eventualmente esta temática en sus obras, sea cual sea el grado de su asimilación. Ya mencionamos a Heine: su primordial preocupación fue su querida Alemania y el funesto destino que con justa razón veía que iba a correr. Sin embargo, dedicó una de sus obras más tiernas a la historia de una familia judía en la Edad Media: *El rabino de Bacharach*. Kafka, cuyas obras parecen totalmente ajenas al judaísmo, sentía una especial atracción por el teatro *yiddish* y los que lo realizaban y, ya en la edad adulta, inició estudios de hebreo. Un contemporáneo suyo, también de la vasta y multinacional extensión del Imperio austriaco, Joseph Roth, dedicó una parte de su prolífica obra a temas relacionados con la vida de los judíos en Rusia. Karl Kraus, Arthur Schnitzler, Lion Feuchtwanger, el ya mencionado Jakob Wassermann, y prácticamente todos los autores de origen judío y de lengua alemana, alguna vez recuerdan la problemática de sus antepasados o la de ellos mismos, y revelan así los pensamientos y sentimientos que albergan en torno a ella.

En este trabajo haremos referencia a algunos autores y algunas obras que caben dentro de este marco, en el entendimiento de que el tema merecería un análisis mucho más extenso. Enfoquemos primero a Joseph Roth.

Joseph Roth nació el 2 de septiembre de 1894 en Wolhynia, o sea, en una región fronteriza entre Austria y Rusia, donde conviven varios grupos étnicos. Él mismo tiene la nacionalidad austriaca y pasa sus años de estudiante en Viena y, a partir de 1921, su vida profesional de periodista y escritor en Berlín. Ve, observa y vive tanto, que tal vez por desesperación ante el género humano se vuelve alcohólico, condición que es el tema de su candorosa y trágica novela *La leyenda del santo bebedor*,¹

¹ Joseph ROTH, *La leyenda del santo bebedor*. Barcelona, Anagrama, 1981.

escrita poco antes de su muerte en el exilio en París. Falleció en un hospital para indigentes, víctima de *delirium tremens* y de la absoluta pobreza, el 27 de mayo de 1939. La primera circunstancia tiene sus causas lógicas, la segunda no, ya que era un periodista y escritor de fama internacional, con obras traducidas a varios idiomas, cinco de ellas al francés y editadas en aquel país.

En dos de sus obras narrativas y además en innumerables ensayos, se ocupa de la tradición judaica. Una de ellas es *Der Leviathan* (Amsterdam, 1940) y la otra *Hiob, Roman eines einfachen Mannes* (1932).² El protagonista de *El Leviatán* es un vendedor de corales que va al encuentro del "Leviatán" en el fondo del mar, al hundirse el barco que lo llevaba como emigrante a América desde su natal Galicia. Había abandonado su tierra ante la desesperación de no poder competir con la venta de corales de imitación hechos de celuloide. El arraigo a la tradición, a lo auténtico, no le permite trocar sus apreciados corales verdaderos por baratijas, no obstante las ganancias que podían obtenerse con su venta. Al no doblegarse, sucumbe, tal y como ocurre con la mayoría de los protagonistas en las obras de Roth.

En este relato, Roth ataca de frente el prejuicio del comerciante judío sin alma ni escrúpulos, pero lo hace de un modo tan bello y conmovedor como si perdonara de antemano a todos los antisemitas que se equivocaron durante tantos años porque no habían leído el relato del honesto Nissen Piczenik.

En contraste con Jakob Wassermann, oriundo de Alemania del Sur, Joseph Roth no alberga prejuicio alguno en contra de los judíos europeo-orientales, ya que es uno de ellos y ha convivido con ellos. Así es que no sólo tenía que enfrentarse a los prejuicios antisemitas, sino también a los prejuicios que algunos círculos de judíos occidentales tienen contra los de Europa oriental por su falta de participación en los nuevos valores de Europa occidental. Esto lo hace con mucho efecto en su novela *Job* a través de su protagonista, Mendel Singer, personificación de Job. Mendel Singer no sabe leer y escribir la lengua oficial de su entorno, el ruso, y ejerce la profesión más humilde y más importante a la vez en su pequeño pueblo: enseñar a los niños la palabra de Dios.

El autor describe la infinita pobreza de la familia, la amargura, el duro trabajo y la austeridad de la esposa de Mendel, que todavía logra ahorrar y esconder unos miserables copeques para la máxima emergencia, que sin falta va a aparecer.

² J. ROTH, *Job, la historia de un hombre sencillo*. Madrid, Bruguera, 1981.

Una de las concepciones antisemitas que Joseph Roth refuta en este relato es la del judío errante. El autor muestra todo el dolor que implica para la familia abandonar su pueblo natal. Uno de sus hijos, Schemarjah, había partido para no servir en el ejército ruso, nacionalidad con la que no se identifican los judíos del lugar, y lo hace en calidad de desertor, poniendo en peligro su vida, y con múltiples sacrificios y gastos que corren por entero a cuenta de la madre. Llega al país de la abundancia, América, e invita a sus padres a que lo alcancen ahí porque les puede ofrecer una vida holgada. En efecto, lo hacen, en parte, para terminar con la perenne hambre y, en parte, para evitar que Miriam, la hija, continúe sus múltiples relaciones con los “cosacos”. Menos parecen importar sus faltas a la moral en sí, a que las cometa con hombres fuera de su comunidad.

La vida en Nueva York no resulta tan holgada como se había anticipado, y Miriam no endereza sus pasos. La vivienda se limita a espacios reducidos entre ejércitos de pulgas y chinches. El lector vive el desgarramiento que para Mendel Singer significa la llegada al Nuevo Continente y su constante anhelo de regresar a su modesta choza en Galicia para morir ahí y no en tierra extraña.

Joseph Roth ajusta cuentas con otra falacia: la acusación de que sean los judíos mismos quienes provocan la hostilidad contra ellos, lo que no pocas veces ha culminado en un *pogrom*. Con admirable plasticidad pinta la presencia de las figuras negras con sus caftanes y botas en un mundo hostil, subrayando este contraste visualmente al poner como fondo un paisaje cubierto de nieve. Relata una escena en el tren durante el viaje de los dos hermanos al regresar de la oficina de reclutamiento forzoso.

“Hey, ¿por qué estáis tan tristes?”, gritó de repente un campesino del lado opuesto [del compartimiento]. Jonás y Schermajah hacían como que no oían o como si la pregunta no fuera para ellos. Aparentar sordera cuando un campesino les dirigía la palabra, esto lo llevaban en la sangre. Desde hacía mil años siempre salía mal cuando un campesino preguntaba y un judío contestaba.³

Sin embargo, el bloque de la comunidad judía ya no es completamente monolítico y se inicia cierto desmoronamiento. Jonás cae presa de las

³ J. ROTH, *Hiob, Roman eines einfachen Mannes*, p. 170. (Todas las traducciones son de la autora de este artículo.)

tentaciones de la vida fuera de la comunidad: acepta tomar alcohol en este mismo viaje, vacía la botella hasta el fondo y cae “como un campesino”, y poco tiempo después él mismo se vuelve campesino al servicio de un terrateniente ruso. Ama los caballos, aprende a cabalgar “como los cosacos” y luego como soldado. En consecuencia, la familia lo considera un hijo perdido, aunque no le sustrae su amor y su pensamiento.

En esta novela se manifiesta una crítica dirigida no sólo hacia los que juzgan mal a los judíos, sino también hacia el modo de vida tan cerrado, sin perspectivas, que mantienen las familias judías en esta región y que empuja a los jóvenes a abandonarlo. En el caso de la hija, Miriam, en un principio parecería que su lascivia fuera el único móvil para sus transgresiones morales, pero, de repente, el autor informa al sorprendido lector que no es así. Madre e hija hablan en confianza:

“¿Qué le digo al rabino, Miriam? Le digo que tenemos que irnos porque tú...” “...porque yo me meto con cosacos”, completó Miriam sin moverse. Y continuó: “Dile lo que quieras, a mí no me importa. Una vez en América, más aún haré lo que quiero. Porque si tú te casaste con un Mendel Singer, esto no quiere decir que también me tenga que casar con uno. ¿Acaso tienes un mejor hombre para mí? ¿Tienes una dote para tu hija?” [...] Ella tiene razón, pensó Deborah. Ayúdame, Dios mío, ella tiene razón.⁴

De esta forma, Roth dirige su mirada crítica también hacia la vida de la mujer dentro de aquellas comunidades que conoce tan bien. No se destaca por su feminismo ni por su vanguardismo en general, pero su sentido de justicia y humanidad le hacen plantear en varias escenas la situación de la mujer. Hace decir a Mendel Singer, al contemplar a su nuera y detectar dulzura en su mirada, pero poca inteligencia: “Que sea tonta, pues. Las mujeres no necesitan la inteligencia. Que Dios la ayude, amén”.⁵ Y en un diálogo-monólogo con su hijo retrasado mental y mudo, dice:

“Escúchame, Menuhim, me encuentro solo. Tus hermanos se volvieron grandes y extraños, van con los soldados. Tu madre es una mujer, qué puedo esperar de ella. Tú eres mi hijo menor; mi última y más joven

⁴ *Ibid.*, p. 211.

⁵ *Ibid.*, p. 225.

esperanza la he plantado en ti. ¿Por qué callas, Menuhim? Tú eres mi verdadero hijo. Mira aquí, Menuhim, y repite las palabras: en el principio Dios creó el cielo y la tierra" [...] Menuhim no se movía.⁶

Ya es rayano en una ofensa de lesa humanidad el fincar toda la confianza y esperanza en un ser tan carente de facultades como lo es Menuhim, obviando toda la capacidad y labor de su esposa Deborah, sólo por ser mujer. La ironía en la trama de la narración quiere que sea precisamente Deborah la que promueve todos los cambios decisivos en la vida de la familia. Ella ahorra y esconde debajo de una duela de la racámara el dinero, que le va a facilitar a Mendel el regreso a su tierra natal; es ella quien lucha por llegar a ver al rabino para que dictamine sobre la vida de su pequeño y deformado hijo Menuhim; es ella quien toma las riendas en la mano para lograr que por lo menos uno de los dos hijos se salve de entrar en el ejército ruso; y es ella quien se precipita a arreglar los documentos para la emigración a Estados Unidos y quien, en ocasiones, se rebela y echa en cara a su marido su falta de iniciativa y logros en la vida, ocasiones en que, según Mendel, "la cabalga el diablo".

La ironía, sin embargo, completa su círculo cuando resulta que de nada sirvieron todos los esfuerzos para salir de la situación desesperanzada de la pequeña familia en su minúsculo ámbito vital: si bien Schemarjah se salvó de ser soldado en Rusia, se enlista desde América voluntariamente en la Primera Guerra Mundial para luchar en el frente de su nueva patria adoptiva, y pierde la vida. Al tratar de salvar a Miriam de los brazos de los cosacos, ella se pierde en los brazos de otros hombres allende el mar y, finalmente, incluso pierde la razón. La salida de ella del círculo familiar afecta mucho menos al padre que la pérdida de sus hijos varones.

No hay que olvidar que el título de la novela determina básicamente el papel protagónico del *pater familias* y el secundario de la esposa; el tema está fincado en el Antiguo Testamento, y el fondo es el ambiente de los judíos en una región aislada, ambos elementos que no se distinguen por el reconocimiento de la mujer. Job es una figura que sufre intensamente, y el sufrimiento de la mujer, probablemente mayor, es secundario. Ella no sobrevive la noticia de la muerte de Schemarjah, y así es liberada de ver la reclusión de su hija en una institución mental. Mendel es quien sobrevive para verse reconciliado con Dios a través de la brillante transformación de su hijo varón Menuhim. Mendel es quien se había

⁶ *Ibid.*, p. 178.

rebelado contra Dios, desafiándolo al comer carne de puerco y querer quemar los sagrados objetos de culto, al asistir al templo no para fines religiosos sino por paga como décimo hombre, y prestando sus objetos de culto por dinero. Mendel-Job es un hombre de Dios porque lucha contra Dios, y él lo perdona. Deborah y sus hijos no se enfrentaron a Dios, sólo obedecieron los dictados de la vida, son mortales como los demás.

La novela es una declaración de adhesión de Joseph Roth a su origen, un acto de fe y un legado, en el que despliega toda su aguda inteligencia y toda su maestría del idioma alemán. Es expresión más auténtica y más de fondo que sus declaraciones nostálgicas por la monarquía austriaca y su momentánea conversión al catolicismo. Es al mismo tiempo una toma de posición crítica frente a la vida de los judíos de Europa oriental dentro de un contexto cambiante en lo religioso, social, económico, geográfico.

Arthur Schnitzler (1862-1931) es otro de los autores que en algunas de sus obras asume una posición crítica ante la precaria convivencia entre judíos y no judíos en la sociedad austriaca. Es conocido sobre todo por su obra dramática, en la cual muestra con frío cinismo la vida vienesa y sus frívolos protagonistas. En una novela, *Der Weg ins Freie* (*El camino hacia la libertad*, 1908), vierte mucho de su pensamiento sobre la temática de las dificultades de esta convivencia.

Schnitzler muestra en conversaciones y situaciones el comportamiento de individuos con prejuicios antisemitas y la reacción de las personas afectadas. Un caso con desenlace fatal es el de Leo Golowski, un joven de una familia judía de clase media que sufre, durante su año de servicio militar obligatorio, todas las vejaciones posibles y algunas más, de las que los superiores militares saben infligir a los reclutas, por el hecho de ser judío. El joven soporta todo, pero para el día de su licenciamiento ha incubado un plan: intercepta al capitán y le dice: "Ayer, capitán, usted fue más que yo. En este momento estamos de igual a igual, pero mañana a esta hora, uno será de nuevo más que el otro".⁷ O sea, uno estará muerto. Y así pasó, tocándole la parte de ser menos al capitán. Tras este duelo Leo Golowski es encarcelado, pero liberado por amnistía después de dos meses. El joven Golowski se indigna, ya que opina que la amnistía supone una culpabilidad de su parte, la cual rechaza alegando que siguió estrictamente los cánones de los duelos por los cuales a nadie se le solía encarcelar, sólo a él por su condición de judío. Y se rebela contra la justicia impartida con dos medidas.

⁷ Arthur SCHNITZLER, *Der Weg ins Freie*, p. 413.

El episodio no termina ahí. Cuando Leo Golowski es recibido por familiares y amistades, se comenta su caso. Y alguien sugiere: “qué tal si todos los judíos en Austria actuaran así. Las cosas se verían diferentes en este país”. A través de este interlocutor, Schnitzler lleva lo ocurrido al extremo: aplicar la pena de muerte a todos los antisemitas en el país, una suposición absurda y descabellada, sin duda, pero es exactamente lo que Hitler llegaría a efectuar a la inversa: matar a todos los semitas, incluso sin el caballeroso rito previo de batirse en un duelo. Otro interlocutor recoge el tema y explica que la institución del duelo sólo es aplicable a situaciones pasionales e irracionales —precisamente las del antisemitismo. Y siguen las observaciones: siempre hay la opción de rechazar la invitación a un duelo, aduciendo razones de la fe católica. Sin embargo, para un judío éstas no existen, de manera que es condenado a aceptar el duelo si no quiere pasar por cobarde.

En el curso de otras conversaciones surge el alegato de que un judío amante de su patria sería una persona absurda, incluso cómica. ¿Por qué?, se pregunta. Y se contesta que esta patria, ya sea la alemana o la austriaca, no le pagaría ese amor equivocado.

Es verdaderamente asombrosa la clarividencia de Arthur Schnitzler al plantear estos temas, ya que en el tiempo de la publicación de esta novela (1908), innumerables judíos alemanes y austriacos apenas se aprestaban a rendir los más altos servicios a sus respectivas patrias, culminando éstos con la muerte heroica en el campo de batalla de la Primera Guerra Mundial, como ya se mencionó al principio de esta exposición. Ojalá hubieran escuchado a sus escritores, cuyo agudo sentido crítico vaticinaba el desastre por venir. Pero los espíritus más lúcidos entonces fueron, y tal vez hoy sigan siendo, voces en el desierto.

Bibliografía

“Le roman au XXe siècle, traditions et transitions”, núm. monog. de *Austriaca. Cahiers universitaires d'information sur l'Autriche*. Rouen, Université de Haute-Normandie, mayo, 1977.

KAZNELSON, Siegmund, ed., *Juden im Deutschen Kulturbereich*. Berlín, Jüdischer Verlag Berlin, 1959.

MARCUSE, Ludwig, “Abschied von Joseph Roth”, en Will SCHABER, ed., *Aufbau-Reconstruction*. Nueva York/Colonia, Overlook Press/Kiepenheuer und Witsch, 1972.

RIEDER, Heinz, *Österreichische Moderne*. Bonn, H. Bouvier, 1968.

ROTH, Joseph, *Der Leviathan. Hiob, Roman eines einfachen Mannes. Romane und Erzählungen*, t. I. Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1982.

SCHNITZLER, Arthur, *Der Weg ins Freie*. Berlin, S. Fischer, 1920.